

Pepe Herreros

Los paisajes de Herreros no son de término, son paisajes de tránsito. En todos hay un camino tan manifiesto que es lo que domina y de destino remoto, desamparado, sin mesones ni canciones y rodeado de una atmósfera que lo hace inquietante. La naturaleza que rodea esos caminos es una naturaleza viva pero perezosa, que se mueve reptante, en grandes ondulaciones, sin frondosidades pero fe-

cunda, pues la esterilidad sería inconcebible en un autor cuyas obras tienen un halo de sensualidad tan manifiesto.

Los animales que van por esos caminos o pastan en sus inmediaciones son siempre bestias mayores, mal diferenciadas, ambiguas o híbridas y enceladas. No faltan ni en los cuadros de composición ni les falta a ellas en ningún caso el clamido amoroso que hace retremblar a veces todo el cuadro.

En sus paisajes no se concibe el prado ameno, el tenue campanileo de las esquilas en la rumba ni la musicalidad de los elitros que hacen el camposonoro. En cambio se espera siempre el relincho estruendoso y vibrante o el recalcado y quejumbroso rebuzno y hasta en los ambientes místicos se oye cocear el borriquito de Belén.

Herreros: Composición



Herreros: Paisaje

Los pasajeros son escasos y por lejanos diminutos, inidentificables y achicados por la buena nutrición de los predios.

Son caminos solitarios, de luz crepuscular y cielo anubarrado, reveladores de la soledad introspectiva del pintor y

de los tumultos de su mente por lo arremolinado de sus pensamientos que lo sitúan en trance inminente de ser arrebatado por el vendaval que precede a la tormenta y que ha de ser sin embargo lo que fecunde la tierra, ya que se ha de parir con dolor, dolor placentero y apetecido como es el de todo parto y por eso Herreros fraterniza cordialmente con las encontradas olas de su propio pensa-

